



Los
pies
descalzos

LUIS ENRIQUE ERRO

Es curioso —en ocasiones doloroso, siempre injusto— cómo de algunos hombres se habla fija la mirada en la actividad que más ejercieron o en aquella en que más descolaron; olvidando características que, si menos cotidianas, confieren a quienes las poseen y llevan al cabo, una posición relevante frente a la vida. De éstas es la personalidad de Luis Enrique Erro novelista, de tal manera rica en variantes, todas de gran hondura humana, que sería imposible enmarcarlo en una síntesis apretada y estrecha.

Los pies descalzos es la novela de un escritor innato; genuina manifestación de su espíritu elevado. En ella no hay ficción alambicada. Sus personajes son, antes que nada, humanos; no le preocupa el preciosismo literario: está arraigado a la realidad hasta llegar a lo dramático del vivir diario. Es obra que trasciende el mundo íntimo del autor y deviene universal.

La emoción, la pulcritud, la sobriedad narrativa, su alta significación estética son unas cuantas de las características que la hacen merecedora de un sitio cimero en las letras mexicanas.

Los pies descalzos, sin protección, sin disfraces, sin alardes caminan por la tierra aromada, como presagio de que algún día habrán de fundirse en eterna comunión.

Índice de contenido

Cubierta

Los pies descalzos

I. Se compra una india

II. Insomnio

III. La muñeca de cera

IV. Tanto monta, monta tanto

V. Paquito en el pico de la cigüeña

VI. «Esta mujer tiene miedo»

VII. La espada vuelve a su vaina

VIII. La aparición de Nuestra Señora

IX. «Peores cosas les hicimos nosotros»

X. La mano de Dios

XI. La edad moderna

Sobre el autor

*A la memoria de EMILIANO ZAPATA, una
luz encendida en la oscuridad de nuestra
Historia.*

Tonantzintla, 1950.

I

SE COMPRA UNA INDIA

Casi pardeaba ya la tarde.

Por la calle llamada hoy Luis Moya y en la época a que nos referimos Calle Ancha, iban dos mujeres andando a gran prisa. La una, aunque no puesta en sus elegancias de vestir, iba, sin embargo, muy bien puesta; era guapa, un poco gruesa y llevaba en la cabeza una mantilla negra de encaje, en la mano derecha un abanico con el que se daba aire para quitarse el sofoco. Que grande había de ser a juzgar por el apretado talle que lucía y que no era sino el resultado de bien amañado y estrecho corsé, muy de moda, claro es; pero que le hacía difícil la respiración, sobre todo para andar de prisa, que es como iba.

E iba así de aprisa precisamente porque llevaba consigo a la otra mujer, que era una india joven; con un rebozo tapada la cabeza y sostenido él con una mano (la derecha) sobre la barba, que casi le tapaba los ojos. Hubiérase creído que no quería ser conocida.

No era eso, sino que le parecía que para acompañar respetuosamente a aquella señora, debía taparse la cara lo más posible y colocarse un poquito atrás de ella. Andaba la india con paso menudito y asentado. La compañera metida en el armatoste del corsé no la hubiera podido dejar atrás ni corriendo, dado que hubiera podido correr. La india, además de ser mujer de campo y fuerte, no llevaba estorbo

ninguno. Ni siquiera sabía lo que era un corsé. Y no llevaba ni pantaleta. Estamos cincuenta años antes de que esta prenda alcanzara a nuestra mujer del pueblo. Y eso únicamente en las ciudades.

Ambas mujeres llevaban prisa porque un niño de dos días de nacido no había probado bocado, o digamos, chupetón, en sus cuarenta y ocho horas de vida, y la india, que estaba criando una hijita suya, iba a darle de mamar para sacarlo de aquel prolongado ayuno.

Ambas mujeres se apresuraban, animadas de un impulso entusiasta y generoso. Eran algo así como un preludio de la Cruz Roja.

La mujer del abanico se cansaba y se ahogaba con la veloz caminata y le daba vuelo el abanico, que era una lindísima prenda de encajes. El andar de esta mujer producía un ruidoso y acelerado taconeo por la calle, que hacía volver la cara a los escasos transeúntes que por ella transcurrían. El andar de la india era completamente silencioso. Pero su prisa, su entusiasmo y su ánimo caritativo quizás eran mayores que los de la mujer del abanico; pues al fin y al cabo era ella la que iba a darle la teta al niño y con ello parte de su propio ser.

Porque narra este relato de cómo dos españoles (marido y mujer) y una india, aglutinaron sus vidas y vivieron más de un tercio de siglo en mutua compañía.

Eran ellos emigrantes y vinieron a nuestro México con largos años de diferencia. Primero él, y ella después a hacerle casa y hogar. Oriundos de diversas y nada semejantes tierrucas, humildes de origen, ninguna otra cosa trajeron que su deseo de trabajar y su ambición de hacer fortuna, como tantos y tantos otros.

La india fue nativa de comarca muy cercana a la ciudad de México. Y al principio de este relato era una muchachona de muy buen ver. En su comarca se cultivaba la tierra en pequeñas parcelas rodeadas de grandes y amplios canales, siempre llenos de agua, a las cuales se llamaba (y donde

aún las hay aún así se les llama) chinampas. Al revés de los dos españoles, esta joven india tenía padre dueño de tierras que estaba llamada a heredar y hubiera heredado si no lo hubiera dejado todo y para siempre por cosas y peripecias que relataremos.

La causa de que estos tres seres llegaran a vivir tan juntos como lo hicieron fue que el matrimonio español tuvo un hijo, y la muchacha india, una hija un mes antes que ellos, aunque la india tuvo su hija sin matrimonio. El niño español, que nunca sirvió para nada que le diera trabajo, no pudo tomar el pecho de la madre por ser pequeñitos sus pezones. Fue, por tanto, necesario ponerle una nodriza.

Y en esta calidad llegó la india a reunirse con los otros dos papás.

Esta buena muchacha se llamaba Juana. Y todo esto ocurría cuando ya el siglo XIX agonizaba y el XX, que ha sido tan sanguinario y truculento, se aparecía, como una alborada de paz y de indudable progreso, en el horizonte.

A su hija, Juana la bautizó con el nombre, que resultó profético, de Soledad. Pocos llamáronla así. Fue, en general, Chole, y para Juana, Cholita. Como no vivió al lado de Juana, sino al de una hermana de ésta llamada Piedad, fue también conocida en las chinampas por otras designaciones. La *Arrecogida* y la *Abandonada* fueron frecuentes. Pero el nombre Soledad, y sobre todo sus transformaciones Chole y Cholita, engendraron otras designaciones también usadas, o si se quiere, sufridas por la hija de Juana. Cholita dio lugar a Solita, y Solita, a Sola: la que está sola; que no era sino otro modo de llamarla «abandonada». A veces decían al verla pasar: «Ahí va la Sola».

En realidad, abandonada no estuvo, pues Piedad cuidó de ella tanto y tan bien como de sus propios hijos. Sin embargo, fue mala su suerte, y su vida pesada y llena de aflicciones.

No pasó cosa semejante con su hermanito de leche, el españolito, a quien encontraremos al principio de esta his-

toria hecho un chiquitín hambriento y mimado y a quien dejaremos al final de este relato hecho todo un buen mozo, adinerado, lucido y sin aflicción o tristeza alguna.

Nadie lo hubiera imaginado en los primeros dos días de su vida, pues que se moría de hambre, berreando y chupándose las manitas día y noche.

Es por esto que en cuanto en su casa se supo que había por ahí cerca una india joven y sana, que estaba criando y buscaba colocación, salieron a por ella.

Juana había pasado por una mala temporada. Cuando quedó preñada huyó de su casa y dejó la chinampa para buscar trabajo en la ciudad de México. La ciudad de México, como es sabido, era entonces una ciudad chica en la que había algunas muy buenas casas, unos cuantos teatros; dos solos paseos: Chapultepec y la Alameda; enormes caserones de vecindad y barrios pobres muy abandonados. Dominaban el paisaje de la ciudad las casas de un solo piso, y la salud de sus habitantes, el tifo y la disentería.

Nunca se supo bien dónde trabajó Juana en las primeras épocas de su preñez, sino que había sido sirvienta. Jamás habló acerca de esto. Pero lo cierto es que cuando ya estaba muy avanzada la pusieron en la calle. Desde ese momento hasta que entró a criar al hijo de los españoles ya no volvió a trabajar. Y no porque no buscara colocación, sino porque no la querían recibir en ninguna parte con aquella barriga.

Anduvo mucho, pero mucho; todo el día y buen trozo de la noche, todos los días; tocando puertas. Algunas se cerraban tan pronto como se habían abierto, sin darle tiempo a decir nada. Quien abría y cerraba no sabía si aquella mujer iba a pedir limosna o a pedir trabajo. Más probable parecía lo primero. En otros casos la dejaban hablar, pero el resultado era el mismo. Una breve razón, buena o mala y se cerraba la puerta.

Aquella fue una dolorosa peregrinación. Juana no la hizo sentada en un borrico, acompañada de un buen hombre

que diera la cara por ella y que, si no la protección segura, representara al menos la compañía. Pues que esta es una forma mediterránea, casi europea, de la pobreza. La pobreza en nuestro país es asiática; a veces tan honda como en las profundidades de la India o del Tibet.

Hizo sus caminatas sola, a pie, descalza y llevando cargado todo su patrimonio. Que con ser poco valioso era, sin embargo, pesado e incómodo de llevar.

A la usanza de aquel entonces, vestía Juana una blusa suelta en la cintura y abotonada hasta el cuello y una falda que llegaba hasta el suelo. Más bien dicho, cortada para llegar hasta el suelo por todos los lados pero que no llegaba ya al suelo por delante, pues el alzado vientre la levantaba, poniendo al descubierto sus descalzos pies, sus desnudos tobillos y aun más de lo de arriba.

Dentro de la blusa, colgado al cuello y anudado en un paliacate, llevaba su dinero. El dinero ahorrado en seis meses de trabajo, que era en total doce pesos fuertes al ser despedida. Cargaba un petate liado cilíndricamente y dentro de él dos cobijas viejas y otros trapitos. Con estos doce pesos, un petate, unas cobijas y esos trapitos, iba a afrontar su parto. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo sabía. No tenía la menor idea. Lo que por de pronto buscaba era trabajo, pues sentíase aún capaz de hacer algo, tal como fregar pisos, o lavar ropa. Y necesitaba conservar sus doce pesos, que iban mermando cada día que no trabajaba, pues cada día gastaba algo en comer.

El envoltorio del petate le cansaba los brazos; el continuo andar le cansaba piernas y pies, y éstos dolíanle. El miedo al parto le apretaba el corazón. Por este miedo seguía llamando a las inhospitalarias puertas aunque ya había perdido toda esperanza.

Cuando al cabo de los días, miedo y cansancio ya casi la habían rendido, entró en el zaguán de una gran casa de vecindad de tres patios y ahí topó con la portera. Esta mujer, de unos sesenta años, vivía sola en la portería, que era un

cuarto grandote y abrigado, abierto a la derecha, conforme se entraba, del cubo del zaguán. Hacíanle compañía en aquel cuartote los chismes y obligaciones propios de su cargo; un altarcito con una imagen del Divino Rostro, otra de la Virgen de Guadalupe y una lamparita de aceite perpetuamente encendida; un anafre para guisar y sus correspondientes trastos de barro y cucharas de madera; el metate y el comal para las tortillas tanto para sí cuanto para alguna vecina imposibilitada temporalmente para esta dura labor; y su petate y cobijas para dormir. Había en la portería dos sillas muy bajitas.

Juana entró en aquella vecindad con el deseo de pedir trabajo. Pero la portera advirtió al punto, además de su estado, su enorme fatiga y la hizo sentar en una de sus sillas. Anudaron una larga y cautelosa charla. Juana habló, sin gran detalle, de su papá, sus hermanas y sus tierras. Y de la posibilidad en que estaba de volver a su pueblo si quisiera. Tema este último que barajó toda su vida.

Daba a entender que su familia se moría del deseo de que volviera y que haríanle un gran recibimiento. Nadie mejor que ella sabía que esto no era rigurosamente cierto. Pero quizás movíanla a hablar así dos motivos. El primero es que se consolaba oyéndose; lo que iba diciendo caíale como bálsamo sedante en muchas raspaduras que llevaba en la conciencia. El gran abismo que se había abierto al huir de su casa y de los suyos, se cerraba temporalmente mientras hablaba su mentira. Oía su voz con placer; vivía lo que contaba; sentíase redimida y rescatada de su soledad y abandono al hablar de sus gentes y de la recepción que le harían y de los derechos que tenía a una parte de las tierras. Todo esto la confortaba grandemente. Quizás mientras lo decía creía en ello.

El otro motivo era el orgullo. En su pueblo, su familia era familia notable. El padre era medio cacique. Lo que él pensara o dijera respecto de los asuntos propios del poblado era tomado muy en cuenta por los demás vecinos, aun-

que vestía de manta, calzaba huaraches y trabajaba su chinampa con sus propias manos. Juana sentíase cacica como una cosa que es de ser; su preñez, su desamparo y su pobreza actuales parecíanle una cosa que es de estar y por tanto transitoria y pasajera; en tanto que su verdadera condición de hija de cacique pareciale permanente cualidad de su persona que nada podría borrar.

No cabe duda que lo poco que había de verdad en lo que Juana contaba hizo pensar a la portera en ofrecerle su propio cuarto como provisional refugio. No se crea que era la portera especialmente sórdida o avara en sus acciones. Quizá hubiera retenido a Juana de todos modos aun si Juana no hubiera contado lo que a aquella vieja parecíanle grandezas.

El caso es que le ofreció su cuarto hasta que tuviera su niño.

Muchas caridades se han hecho en este mundo y aquélla fue una de las grandes. Juana sintió instantáneamente que el mundo cambiaba de súbito a su alrededor; que de hostil, frío, indiferente se tornaba en amistoso; que la sillita en que estaba sentada era muy cómoda; que el cuarto en que se hallaban estaba muy abrigado; que el piso de desiguales ladrillos en que apoyaba sus pies era muy tibio.

Todo lo que es la ciudad: la convivencia humana, el ayudarse los unos a los otros, la defensa civilizada y organizada contra la intemperie y los malos bichos, la protección contra los malos hombres; todo, todo se agrupó en un instante alrededor de Juana. Todo esto representaron de un momento al otro las cuatro desnudas paredes de aquel antiguo y no muy limpio cuarto, como si fueran las murallas y bastiones de una invencible fortaleza protectora. La flama de la lamparita al pie del Divino Rostro dejó de ser algo puramente físico e impersonal para convertirse, a ojos de Juana, en una parte de su intimidad, de su fervor hacia el milagro.

¡Ya no más andar de aquí para allá! ¡Ya no más tocar a las hoscas puertas! ¡Ya no más calle impía e inacabable! ¡Tener con quien hablar y donde sentarse! ¡Ya no más miedo de malparir en plena calle!

Por unos breves momentos Juana guardó silencio.

Invadióla esa emoción suprema que llega al ánimo de los desafortunados cuando llega a sus vidas la fortuna, y que viene de no tener que pensar en nada. La cabeza se vacía de ideas, recuerdos y previsiones; el cerebro da una vuelta completa y queda en blanco; nada importa lo que vendrá después. Por de pronto ¡no hay necesidad de pensar!, ¡no hay necesidad de prever! Se siente entrar el aire en los pulmones, se siente latir acompasadamente el corazón y correr la sangre por el cuerpo, se siente la tibia epidermis; se siente la vida directamente como integración celular y nada más.

Y no hay mayor descanso ni mayor consuelo que esa descerebración completa, que esa simplificación extrema, que esa reducción de lo humano a lo meramente animal.

Juana se llevó las dos manos al alzado vientre y cerró los ojos. Muchas pequeñas y extrañas cosas había sentido en el vientre, sobre todo en los últimos dos meses. Pero en aquel momento sintió ahí una gran plenitud de vida.

Como si el interior de su vientre estuviera dotado de un tacto finísimo, sintió y palpó al hijo que en él llevaba, todo completo: cabecita, piernecillas, brazos y manos. Y sentíale vivo, palpitante; acurrucado pero activo. Le sentía al mismo tiempo en cuanto a parte de ella y en cuanto a ser autónomo y completo, independiente de ella.

Un ligero sudor cubrióle el cuerpo.

Y así se quedó Juana en aquella portería, para su bien y el de su hija. A la cual parió a la semana de estar ahí, sin mayor dificultad.

Y la niñita tuvo desde el primer momento el amparo de aquellas cuatro paredes, desnudas pero abrigadoras, y de aquel cuarto oscuro, pero donde no entraba el frío. Los po-

cos pesos que llevaba Juana y que escasamente llegaron a ocho cuando se refugió en la portería, sirviéronle de mucho. Por aquellos días una criada ganaba, cuando bien le iba, tres pesos al mes, y esto en las casas de la clase media o en los pocos hoteles que había. En las casas ricas había unos cuantos criados bien pagados que eran en general extranjeros; el trabajo pesado lo hacían sirvientes mexicanos que traían los ricos de sus haciendas o, si no tenían hacienda propia, de la de algún amigo. Les pagaban con el honor de haber servido al «patrón» y con la comida. Dinero, ninguno.

Con sus ocho pesos Juana pudo retribuir a la comadrona que vino a ayudarla en su trance. Pudo también adquirir alguna ropilla para su hija y cubrir los gastillos del bautizo.

Ayudó a la portera en todos sus quehaceres siempre que pudo; echó tortillas, lavó ropa, barrió la calle. Y en cuanto estuvo lista para volver a trabajar, entre ella, la portera y las vecinas del enorme caserón corrieron la voz por muchos barrios.

Y he aquí que como resultado de ello un buen día presentóse a buscarla una guapa mujer, obviamente española, vestida de corre-corre y tocada con una mantilla negra. Llegó cuando ya pardeaba la tarde y traía prisa. Y al poco rato Juana y aquella señora iban de carrera y con gran sofoco a donde hallábase el nenito muerto de hambre.

No que la señora se llevara consigo a Juana sin más ni más. Cercioróse primero de que era de apariencia sana, vio luego a la hija y provisionalmente saldó ciertas cuentas de Juana y dio algún dinero a la portera.

Las cuentas no fueron ruinosas. La portera, echándose aquí la larga, pidió seis pesos por alimentos y uno por hospedaje, que hicieron siete. Número pitagórico y mágico. Y que era casi dos veces lo que ganaba como sueldo al mes. Pidió dos pesos más por el corretaje. Y cómo sabía ella de esto de corretajes, es cosa que renunciamos a averiguar. Aquella señora era andaluza y de buen plante. Hermosa pa-

ra aquellos tiempos en que las mujeres tenidas por bellas habían de ser un poco gordas. Tenía el hablar alegre y pinturero, pero no muy cerrado el acento. Era madre de dos hijos ya crecidos. Y para aquella faena de contratación de la nodriza estaba que ni mandada hacer.

Como todas las mujeres de su provincia, tenía en la emoción de su vida un fondo islámico o musulmán. Aunque ni lo dijera, ni aun supiera que lo pensaba, las mujeres parecíanle naturalmente nacidas para cultivar flores en tiestos o macetas, cantar cantares, bailar danzas ellas solas de por sí, hacer aromáticos guisotes, adornar el hogar para un hombre que se ocupa en lo que ellas no saben, y mediante la enseñanza y el ejemplo, adiestrar en estas artes a las mujeres más jóvenes.

Salir a buscar una nodriza, examinarla y llevarla consigo, parecíale una de esas cosas ancestralmente incorporadas a su conducta. Hízolo, pues, con gusto; de prisa, pero cuidadosamente. Ella y su marido eran amigos buenos de los padres del niño hambriento. Como que iban a ser los padrinos del bautizo.

El marido de la andaluza era también andaluz. Ambos de la misma ciudad: Granada. Pero así como ella era blanca e ibera, bonita, sonriente, cantadora y de ojos negros, él, de ojos negros también, era como un moro africano, flaco y alto y reseco. El pelo de muy apretado rizo, de este rizo negroide que llaman de pasa, por lo que iba siempre rapado. El aire adusto, las facciones finas con los labios delgados. Este moro, a quien uno hubiera creído nativo de Argel o de Melilla, devoto de santones y propiciando la guerra santa, era un magnífico ingeniero industrial educado en Inglaterra; había navegado por los siete mares; hablaba varios idiomas y hallábase en México modernizando la industria del azúcar. Era perfecto en su profesión pero tan dado a beber ginebra que estaba casi siempre borracho.

La musulmana hízole pasar a Juana un mal rato, si bien que breve. Comenzó por explorarle el cuerpo con las ma-

nos, sumariamente: brazos, cintura y caderas, lo que desconcertó muchísimo a Juana. Se cercioró la andaluza de que la india no estaba flaca y como aparentemente veíale sana, parecióle bien para nodriza. Con eso fue suficiente para que entrara en cuentas con la portera, que ya dijimos cuáles fueron. Cuentas que Juana oyó ajustar con gran regocijo interior y que pusieron en su ánimo un dulce y rendido afecto hacia aquella señora. Sentíase dispuesta a hacer de mil amores cuanto ella pidiera. ¿Criar a sus pechos un niño? ¡Perfecto! ¡No faltaba más! ¡Cosa más fácil! Tenía ella leche para dos y aun para tres si hubiera llegado el caso.

Vino inmediatamente después el mal rato, pues hasta ese momento todo había sido bueno. Comenzó con dos preguntas.

—¿Cómo te llamas, mujer? —dijo la musulmana.

—Me llamo Luz —contestó Juana.

¿Por qué este cambio de nombre? ¡Quién sabe! En Juana fue algo súbito e imprevisto. Nunca antes había pensado en hacer esto. Era, sin embargo, un acto congruente con toda su conducta de los últimos tiempos. Era un modo más de ocultarse y de huir. ¿Por qué Luz y no otro nombre cualquiera? Díjolo tan rápidamente y con tanta seguridad que hubiérase creído que lo había pensado mucho. Quizás un indicio seguro de por qué escogió este nombre y no otro lo tendríamos si agregamos que Juana había adquirido un miedo ciego, loco, invencible, a la oscuridad.

El caso es que dijo llamarse Luz. Que todo el resto de su vida lo vivió bajo este nombre; que el nombre de Juana llegó a serle tan ajeno como si designara a otra persona que no a ella. Con este hecho, en sí banal, apartó de su vida a su pasado, a su familia. Una nueva mujer nació, libre o liberta si se prefiere. Nunca más volvió a hablar de sus gentes sino mediante alusiones vagas e imprecisas. Sus afectos se orientaron hacia otras personas que no eran sus parientes.